

mente, al horizonte de expectativas del lector coetáneo (“Leer el *Cid* en el siglo XVI”, pp. 407-421). María de Jesús Lacarra, en “La ejemplarización de la materia cidiana en Diego Rodríguez de Almela: el episodio de Martín Pelaez” (pp. 365-382), revisa de manera minuciosa las ocasiones en las que Rodríguez de Almela se ocupa de la materia cidiana, desde el *Valerio de las estorias escolásticas e de España* hasta el menos frecuentado *Compendio historial*, destacando un propósito moral desde la selección y organización de los materiales en su obra. El destino de este recorrido es un análisis puntual del encuentro del *Cid* con Martín Pelaez y de las estrategias de tratamiento que sigue Rodríguez de Almela para incorporar un relato proveniente quizá de la tradición oral en el marco de la filosofía moral de la época.

Carlos Alvar se centra en algunos episodios del *Cantar de mio Cid* para insistir en la notable presencia de tópicos literarios de la tradición épica europea. La fidelidad vasallática, el engaño a los judíos, el humor y los infantes de Carrión, el saludo del arcángel Gabriel, son en buena medida tópicos de la tradición épica o folclórica que serían descodificados por un público versado en cantares de gesta, y para quienes la historicidad de los datos constituiría tan sólo el decorado de una obra más literaria que noticiera (“El *Poema de mio Cid* y la tradición épica: breves comentarios”, pp. 9-21). Ángel Gómez Moreno señala, en paralelo con Carlos Alvar, la manera en la que la materia histórica se adapta paulatinamente a los tópicos más llamativos de una poética general del Romancero hispánico (“La poética del Romancero y la materia cidiana”, pp. 325-338).

Con *El Cid: de la materia épica a las crónicas caballerescas* se abre un capítulo más en los estudios cidianos; un capítulo señero y al mismo tiempo estimulante por las perspectivas novedosas que apunta; sin duda, una provechosa orientación para los estudios cidianos del siglo que comienza.

ALEJANDRO HIGASHI

Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa

LUIS M. GIRÓN-NEGRÓN, *Alfonso de la Torre's "Visión deleytable". Philosophical rationalism and religious imagination in fifteenth century Spain*. Brill, Leiden, 2000; 306 pp.

Girón abre y cierra su libro con las opiniones poco favorables de Crawford (1913) y Curtius (1952) en cuanto al valor, originalidad, utilidad, de *Visión* como “enciclopedia medieval en la línea de las clásicas recopilaciones escolares” (descripción de Jorge García López en la introducción a su edición crítica de 1991), y se justifica. No he leído a Crawford, pero el resumen (o cita indirecta), algo *off hand*,

de Curtius, casi copiada del primero, justifica la reacción de Girón; aunque parece aceptarlas explícitamente cuando advierte (segundo párrafo del primer capítulo) que esos calificativos no carecen de fundamento: “*Visión delectable* offers no original contribution to the sapless debates in the Medieval philosophical tradition. In the philosophical content is mostly reflective of his sources and milieu than the personal fruits of private speculations”, etc., etc. De la Torre pertenece, pues, a ese grupo de recolectores o rescatadores de ideas filosóficas, religiosas, científicas, el acervo básico de las artes liberales recibidas y perpetuadas en el siglo quince. Hay que añadir la reconstrucción biográfica, con datos que la hacen compleja, no sólo por la homonimia (hay más de un Alfonso de la Torre) sino por su posible origen converso que afirman algunos (María Rosa Lida, Francisco Rico, por ejemplo) y contradicen otros (Eugenio Asensio), porque si fue bachiller por el colegio salmantino de San Bartolomé, debía ser cristiano viejo, como exigía el estatuto de limpieza de sangre.

En otro tipo de indefinición cabe el contenido de *Visión delectable*; es suma de lo que no es: no es contribución original para lo sustantivo de la filosofía de la religión; no se somete del todo a la *Guía de perplejos* de Maimónides. Pero, con todas las desviaciones (o matices) de la materia que lo sustenta, tuvo, para su tiempo, vida saludable que se extendió por tres siglos –repetida a veces en copias e impresos defectuosos– más distribución excepcional, incluidas las traducciones. Y todo a pesar del pedido explícito a Juan de Beamonte de que su libro no pasara a “tercera persona, porque por ventura algún voluntario que no entendiese mi fyn yncreparme ya e sería yo sostenedor de pena syn merescimiento, e eso sería readgüido porque lo puse en palabras vulgares o que tan abierta mente las cosas amagadas declararé como fasta aquí ninguno no lo aya querido fazer en los que han escripto fasta agora”. Aunque Girón advierte falsa modestia en esta solicitud, también supone que puede transmitir recelo por la materia no cristiana de sus fuentes. Quizá; pero coincide este lugar común con otro de la exposición de motivos en el exordio de *Visión* sobre las dudas que le acometían para comenzar a escribir, “estando de la una parte el entendimiento, el qual me retraía, asý por la dificultad de la cosa como por cabsa de los mordedores envidiosos, no participantes, mas apartados de todo bien...”.

Producto también de su dilatada difusión, fue la serie de imitaciones a que dio lugar y los préstamos que se tomaron de *Visión* –“modos de intertextualidad” los llama Girón, palabra y contenido demasiado modernos, creo, para los usos de esos siglos– desde un “deçir” de Guillén de Segovia hasta la *Arcadia* de Lope y no pocos rastros menores.

El extenso análisis sobre el racionalismo filosófico que Girón extrae de *Visión* es herencia de las controversias que en el medio judeoespañol suscitó la *Guía* de Maimónides durante y después de su

tiempo. Así pues, lo que De la Torre presenta en *Visión* puede explicarse más por su cercanía con el ideal filosófico de esa comunidad que con los “círculos escolásticos de la Universidad de Salamanca”.

Los que han leído *Visión deleytable* como parte de su formación en literatura medieval y recuerden cómo describe De la Torre las artes liberales tendrán memoria del recorrido que hace Entendimiento por la casa de las artes liberales, hasta que acompañado de la Verdad y Razón, llega a la casa de la Sabiduría. Esas alegorías, más la exposición que Entendimiento hace de sus dudas ante la Sabiduría, son, dice Girón, muestra de la capacidad oratoria de De la Torre y el primer ejercicio retórico expuesto en español, porque no era ésa lengua para disquisiciones filosóficas: “*Visión deleytable* thus stands as the only original work on natural philosophy and metaphysics from the first half of the 15th century that have come to us”, aunque la madurez de la lengua que muestra la obra haría suponer que esa escritura filosófica no brotó sin que la sostuviera algún antecedente. En todo caso, en las pp. 82-83, hay un resumen muy útil de las partes que componen el libro y la razón de cada una: la naturaleza de Dios y el universo en la primera, la razón de la existencia del hombre en la segunda.

De la Torre inserta, de manera directa o indirecta, al estilo de su siglo, buena cantidad de autoridades que Girón registra meticoloso; seguir su análisis, complejo pero no oscuro, significa ingresar en el *status* teológico y cosmológico de *Visión*, en el que se sigue a Maimónides con relativa fidelidad cuando no cae en contradicciones o en la que Girón a veces expone argumentos no del todo entendidos por De la Torre. Con todo, resume Girón, De la Torre no se limita a repetir fragmentos de la *Guía de perplejos*: “The intellectual apprehension of God, the essence of *bien aventurança* heralded in the work’s title... represents De la Torre’s climatic answer to *Visión deleytable*’s averarchin *quaestio*: the ultimate end of humanity according to demonstrative reason. Every feature in this encyclopedia is subordinate to this goal”.

Quizá para un interesado más en letras que en teología –lo que no significa que haya desperdicio en los capítulos anteriores– más atractivo sea el tercero, en donde se revisa el destino de *Visión* en su época y en el Renacimiento, y estirando el tema, cómo la tradición racionalista, por medio de la providencia y el destino, penetró en la literatura con el *Laberinto de Mena*, *Bías contra Fortuna* de Santillana y *La Celestina* de Rojas.

Habría bastado decir que este es un estudio profundo, erudito, cuya complejidad alienta la lectura. Aunque el autor advierte más de un par de veces que en su origen fue tesis doctoral, a veces, y éste es el caso, hay trabajos que nacen ya como libros. El autor agradece a la editorial Brill su labor meticolosa; también lo agradece el lector.